



## EL HOMBRE DE LA VERDAD Y EL HOMBRE DE VERDAD

*(Carta a Isidro Fabela)*

POR GILBERTO BOSQUES  
*(embajador de México. Escritor)*

Sr. Lic.  
Don Isidro Fabela.  
Casa del "Risco".  
San Angel, D. F.

Amigo muy querido y admirado:

Los hombres que hemos militado en la Revolución y tratado de servirla con severa lealtad, tenemos, respecto de usted, una deuda con la juventud mexicana que toma para su responsabilidad los destinos de la patria. La deuda consiste en presentar a usted en su condición de revolucionario, de jurista, de diplomático, de hombre ejemplar.

Espero que a este homenaje que se rinde a usted con motivo del cincuentenario de su licenciatura como abogado, acudan plumas ágiles e inteligencias cimeras para saldar, siquiera en parte, esa deuda. Pero en el turno de las voces modestas quiero señalar a quienes tengan el valor de leer esta carta, dos facetas de su personalidad: el hombre de la verdad y el hombre de verdad. Esto quiere decir, querido amigo, que es usted el hombre cuya vida ha estado siempre al servicio de la verdad y que, para ello, ha sido usted un hombre de verdad en el sentido medular de la hombradía.

Usted ha proclamado la verdad en todas las ocasiones, en todos los sitios, en tribunas, foros y asambleas. Ha luchado usted por

abrirle a la verdad brecha y camino y alzarle cúspide para que pudiera dar al espacio su claridad, su fulgor, su trascendencia. Como mexicano, como revolucionario, como jurista, como diplomático y como hombre, ha dicho usted la verdad de la Revolución, la verdad de México, de América, del Mundo y del Hombre.

Y sigue usted diciendo la verdad, ahora que vivimos los días en que la mentira acumula nuevos fueros y ensancha sus dominios; en que hay mentiras de cuño universal y de pretendida circulación forzosa y en que por los escenarios, grandes escenarios de la política internacional desfilan mentiras de brillantes ropajes e imperativas arrogancias.

Se miente a costa de la libertad de los pueblos, de la soberanía de los pueblos, de la vida misma de los pueblos y de la libertad y de la dignidad del hombre. Y no es la locura de ideal que encanijó al manchego y que transfiguraba molinos de viento y fingía vestiglos y gigantes y cruzó ventas y soledades y escarnios para dejar al hombre una línea de espíritu llamada quijotismo. Las mentiras maculadas de hoy son las grandes depredadoras de los mejores frutos del espíritu humano. Y están en los puños de los poderosos, porque la difusión de las grandes mentiras requiere onerosos equipos, múltiples y raudos vehículos y sutiles artefactos que la moderna técnica pone al servicio de la fuerza.

En el mundo libre prosperan más de uno y más de tres regímenes de opresión. Y un neofascismo ha sido puesto en marcha. La libertad está a merced de las mentiras maculadas y en nombre de la libertad se siguen cometiendo crímenes horrendos. La libertad, en la dimensión y densidad que corresponde a esta hora de la historia, está sufriendo una "disminución de función", como dicen los juristas de ciertas formas del derecho contemporáneo.

Ante ese espectáculo, es importante que hombres con la autoridad moral de usted sigan diciendo la verdad de nuestro tiempo —de este tiempo que quiere ser el de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y de la libre determinación de los pueblos— y pongan en guardia a la juventud frente al naciente fenómeno de conformismo, de rendición y de sumisión a las grandes mentiras con libre tránsito por todos los caminos del mundo. Es palpable ya la urgencia de volver a los cauces de la verdad esencial.

Usted ha tenido la vocación de la verdad y anchos hombros para sostenerla y alta voz para decirla. Y la ha dicho sin revestirla

con austeras túnicas y gestos de dómine, sino con veste sencilla, decorosa, diáfana, limpia, y con rostro persuasivo. Ha enseñado usted a buscar la verdad, a decir la verdad, a defender la verdad, a tener la verdad como desposada, como bandera y como escudo.

Tener la verdad y con la verdad integrar la conciencia; tomar la conciencia en las manos y ver claro dentro de ella y a través de ella y reclinarse en ella para la más honda fusión con lo verdadero; ser la verdad de la conciencia y darle al pensamiento la verdad como recinto, es poseer la plena virtud del hombre íntegro. “En este mundo —decía Kierkegard— es necesario que los pensamientos de un hombre sean como el recinto en que él se aloja. De otro modo nada valen”.

Por esa autoridad moral, por esa vocación, por esa virtud ha podido usted decir la verdad, sin miedo, sin temor a los murallones de la fullería mundial ni a las circunvalaciones del silencio, y frente a frente de los poderosos, y de cara a las potencias de ayer y de hoy, y bien erguido sobre encrucijadas descaminantes y nubarrones cegadores. Y sigue usted diciendo la verdad, sin miedo, con voz directa, clara, recta, fuerte, límpida, firme y certera en las palabras, puntos y comas de sus artículos, de sus discursos, de sus libros.

Estamos viviendo, mi admirado amigo, los días del miedo. Se tiene miedo a muchas cosas, pero sobre todo a la verdad de nuestro tiempo. Se tiene miedo a las ideas, a las ideologías, a las doctrinas que puedan contener la verdad o nutrirse de ella. Se tiene miedo hasta a ciertas palabras —“la peur du mot”, que dicen los franceses.

Crece el miedo y se dilata y perfecciona el cultivo del miedo entre los hombres y los pueblos. Se movilizan grandes fantasmas para sembrar miedo entre las multitudes presas de la incertidumbre. La mentira-fantasma ha hecho su más teatral aparición y flama voces apocalípticas. Hasta la ciencia pura avanza acompañada de un siniestro cortejo de amenazas para la humanidad. Se trata de empequeñecer al hombre por el miedo, por la tortura mental, por conflictos de oposición y desintegración de sus comarcas de luz, de verdad, de afirmación y de ascenso.

Hasta en esta *América nuestra*, que viera el Conde de Keyserling con distintivo rasgo de hombradía, se nos quiere meter miedo con ridícula zarabanda de fantasmas importados.

Pero usted sigue y seguirá diciendo la verdad con esa hombradía serena, enteriza, vertical y acendrada que es propia de quienes pertenecen a la legión de los hombres veraces. Y allí queda lo dicho por usted en nombre de la verdad esencial y de la justicia verdadera —la justicia para todos, que en la leyenda griega decretó Zeus y que no era la entelequía de la justicia igual para todos, sino justicia en la medida en que fuese justicia para todos.

Por eso, usted es un ejemplo para nuestra juventud que, por ser mexicana, no debe tener miedo a la verdad de la Revolución, a la verdad de México, de América, del Mundo, del Hombre y de su tiempo demasiado histórico.

La palabra de usted le dará a la juventud mexicana la apertencia de la verdad, la brújula de la verdad, la voz de la verdad, el aliento de edificación con los más sólidos materiales de la verdad y la fortaleza de la verdad para vencer a la mentira y al miedo.

Y porque ahora más que nunca es una necesidad que el hombre de la verdad sea personero del mundo, saludo a usted, mi querido, admirado y viejo amigo, señalando su perfil ejemplar de luchador gallardo, veraz, sin tacha y sin miedo como al Bayardo de la historia, y con voz prócer y pluma lúcida y campeadora.

La Habana, Verano de 1958.